

Hombre sobre una escultura

Colección Rayos globulares

(15)

R

Primera edición: noviembre 2014

Título original, *Hombre sobre una escultura*



Álvaro del Olmo Alonso

C/o Rayo Verde Editorial, 2014

Diseño de la cubierta: Noemí Giner
Producción editorial: Marina Del Valle Blanco
Ilustración de la cubierta: Sol Undurruaga

Publicado por Rayo Verde Editorial S.L.
Gran Vía de les Corts Catalanes 514, 1º 7ª
08015 Barcelona
rayoverde@rayoverde.es
www.rayoverdeeditorial.com



RayoVerdeEditorial



@Rayo_Verde

Impresión: Bookprint
Depósito legal: B - 11376-2014
ISBN: 978-84-15539-75-9

BIC: FA

Impreso en España Printed in Spain

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

Hombre sobre una escultura

Álvaro del Olmo Alonso

Rayo verde
editorial

*«Los clubes, los cafés, las tabernas han sido la cuna
donde esta singular revolución, concebida desde hace años,
ha nacido y se ha fortificado»*

*Jean-René Aymes
(41:30)*

«Your key to life in the city»

Publicidad de una revista turística

I

Seis dieciséis. Diáfano. Ya se lo dije a Sophie antes de entrar, antes de desenrollarme la bufanda, dejarla colgando al hombro y prolongar la cola en el cuartito. Pobre cuartito, falto de pintura y luz. Pobres desconocidos. Alguno teme que lo reconozcan, teme coincidir por cruzar sin querer la mirada. En la intimidad puede tener sentido, pero cada segundo en la cola visible es más tiempo para mirarse las tripas, y qué incomodidad ¿Qué hará aquí este hombre, qué falta le hará? Tal vez acostumbre a ir al Casino o a los caballos y aquí venga de encargo por culpa de un capricho ajeno. Además, está contento, no se avergüenza, luce el contraste del traje con las grietas de la pared. Vaya, este otro sí que lo necesita. Si da con el reintegro y recupera lo perdido, se sienta a mirar el boleto frente a la tele de su casa, se tienta el bolsillo, ojea las facturas sobre la mesa, se atusa la calva, oye un grito de su mujer enfadada por algo, da una excusa y se larga otra vez a la calle a por tabaco, o a por cigarros a Cuba. ¿Exagero? No sé si exagero, pero cómo no hacerlo si la cola de individuos dispares esperando turno para elegir números, a la manera de nadie sabe cómo, tiene algo de onírico o de ecuménico. No sé si ecuménico. ¿Ecuménico? ¿Era relativo al orbe, o una cuestión bovina?

Seis dieciséis. Sophie cree que lo he dicho por decir, que estoy jugando a ser adivino. Marca, le digo; seis dieciséis. El resto aún no lo sé, pero los dos primeros están claros.

Marca tú, dice ella, algo molesta, pero conserva la elegancia. Le arrebató el boli. Dos crucecitas. No hay duda, van directamente adonde tienen que ir. Seis dieciséis. Debí heredar su ritmo de alguna palabra importante, o tal vez los fonemas casen con algo que olvidé hace poco.

Confío en que ella haga lo propio, que encuentre los números primero y acto seguido los tache. Sophie observa el boleto con el boli detenido en su mano. Lo ha tomado fingiendo seguridad, pero mira cómo mantiene alejado el boleto a lo largo de medio segundo gigante. Significa que no los sabe, que no sabe los números. En ese momento, en el instante extendido, no sabe si continuar fingiendo que conoce el número siguiente o si excusarse alegando que me opere de mis tonterías. ¿Eh? Sophie marca de golpe todos los números que quedaban. Todos. *Chas*. Y eso que acordamos ir a apuesta única. Seis dieciséis estaba claro, pero el resto había que pensarlos si no se sabían, esperarlos. Que no son relleno, que no estamos jugando al parchís. Por favor. Así no puede acertarse nunca.

Oye, si no te gusta lo arrugamos y hacemos otro, dice ella, que me ha mirado y ha visto mi cara. Pero no, ya no sirve. Como si el boleto que rellenamos, con el seis dieciséis seguro, fuera el mismo que otro papel cualquiera con el seis dieciséis vueltos a marcar con desgana. No. Se arruina todo, tal vez entonces no rime. Esas cosas importan, las variables se recalculan.

No, déjalo, le digo. Hasta le sonrío. Pero no es cinismo. Es sólo que no se puede expresar siempre hasta la última cosa que uno sepa cierta. Eso no es convivir, no es civilizado.

Sophie se guarda el justificante. Yo la copia carbón del papel que contiene las cruces de uno y de otro, el que no sirve para nada pero gusta ojear más tarde. Ella abandona el

cuartito dando pasos largos, delante de mí, a ver si sin mirarme unos segundos se le calma el principio de enfado. No queda nadie en el cuartito, hay un vacío de gente que se ha marchado con números en el bolsillo. Hacer fuerza para pensar en otra cosa. Un desierto. Una fotografía de...

¿Es de estas raras?, dice Sophie. Señala el luminoso de la acera de enfrente.

No lo sé, no he leído nada.

Parece que sí lo es. ¿Por qué están de moda estas obras?, dice tras estudiar el cartel, y me tira del brazo y cruza. No ha mirado, está oscuro.

Varias cosas, hay muchos motivos..., digo. Un coche nos pasa rozando. Nos pita. Con razón. No se hacen preguntas de este tipo cruzando la calle. Uno sufre interrupciones. Hay que estar sentado en un café, como mínimo. Ni estando en la cama tampoco. Me mira culpable, pero lo peor no ha sido el coche explicando el efecto Doppler. Ahora quedó todo congelado.

Perdón, dice Sophie.

No pasa nada, le contesto, pero mi boca apretada la culpa. Qué le vamos a hacer. Lo peor en realidad ha sido que Sophie me hablara por hablar, y cruzar la calle a la vez que me pregunta el porqué del teatro actual. Menuda cuestión. Dan ganas de elegir punto de vista y de hacer apología de lo que toque como en las clases de ética del instituto.

¿Tienes las entradas?, dice Sophie. Se las muestro. Sophie se las entrega al hombre, que las rasga y se las devuelve, sin tocarlas apenas. No me suena el señor, creo que es nuevo. Pero lleva gorra y guantes y, además, es mayor. Parece un mayordomo tratando de reconvertirse a hombre de las entradas. Un mayordomo inquietante, con los párpados extendidos y una larga papada arrugada. Tal vez haya un asesinato en mitad de la obra, y tendría que haber estado pendiente del mayordomo para haberlo impedido. Tal vez, al terminar el primer acto, Sophie habrá ido al servicio porque ha recordado que sus

fans le dicen que le sienta bien la cara empolvada y los labios perfilados. Al comenzar el segundo, aún no ha vuelto y hago cábalas sobre qué hice para reavivarle el enfado. Pero no me preocupo porque, claro, concluyo, trata de hacerme rabiar. Pero llega la última parte de la obra y veo al mayordomo de las entradas moverse deprisa entre las butacas, y dónde está Sophie, dónde está Sophie. Oh, Dios, el mayordomo de las entradas tiene el traje negro manchado de polvos de maquillaje, no sé si el maquillaje manchará, y salgo tras él pero se cuela por una sombra que guarece una esquina. O una cortina. No: una puerta.

Hércules.

Dime.

Vamos mejor por este lado. Son aquellos dos, esos dos huecos, sugiere Sophie, con las entradas en la mano.

¿Habrá una nota al reverso? ¿Dónde está el mayordomo? La gente se acomoda. Las obras de este teatro suelen contar con un presupuesto decente. ¿Sabrá tanta gente qué ha venido a ver? ¿Será la obra? ¿Será La Obra? ¿Y si es ésta? No nos engañemos, la probabilidad es más pequeña que la suerte que le hemos deparado al boleto del seis dieciséis, malcriado y mutante por los números de Sophie. Sophie tan buena persona, buscando los asientos, pensando en los asientos, en qué lado prefiero, en odiar al de delante si su altura lo merece. Sophie no sabe que la he pensado tal vez muerta a manos del mayordomo de las entradas porque de ese modo nunca le pasa nada malo.

Hércules, dice Sophie, y se acurruca en la butaca. El de delante es bajito y sin cuello.

Dime.

Perdona por lo de antes.

¿Por qué?

Antes, al cruzar la calle. Por arrastrarte sin querer, se disculpa Sophie. Sophie sale de alguna parte con el vestido

rasgado, persiguiendo al mayordomo en dirección a la cortina, porque lo vio tratando de cometer el crimen y lo impidió de casualidad. Sophie es medio ninja y yo sin saberlo.

No te preocupes, le digo.

Sophie tan dulce. Si fuera mi pareja, mi pareja del todo, ahora mismo la besaría. Ya estamos otra vez ilusionados con algo, con algo invisible, con nosotros mismos, parece. Y si la obra es terrible ya da lo mismo, en su casa espera un sofá blando y rojo y, además...

Sophie, ¿tienes sueño?

La verdad es que no.

...y además no tenemos sueño.

Oye, ¿te fijaste en el acomodador? ¡Qué ancianito tan elegante!, dice Sophie. Eso: el acomodador.